

CALIDAD, PLURALIDAD, HUMANIDAD

ARMANDO SEGURA*

La Rábida ha sido para mí siempre un punto de referencia. No fueron en modo alguno unas vacaciones divertidas que se olvidan en la neblina espesa del pasado. Treinta y siete años después, el hacer de aquella Universidad y la personalidad inmensa de don Vicente permanecen tan vivos que movieron a imitación. De hecho, organicé desde el 85 una Universidad de Verano en Granada. Sin duda alguna, la idea de La Rábida estaba detrás de mi impulso. Sería mucho y largo lo que se podría contar de aquellos cuarenta días. Creo que es preferible una síntesis que incorpore algunas anécdotas.

Calidad

En La Rábida se hacían las cosas bien hechas. El año 1958, en que España apenas había salido de la posguerra, antes de los planes de desarrollo y del «boom» del 60, el que cuarenta estudiantes convivieran con catedráticos de Universidad, en un clima cálido, en una paraje delicioso, en un bonito edificio y en un ambiente sano era un caso único.

En aquella época, un catedrático todavía era un dios. Allí se podía departir con varios como amigos. Había calidad material, servicios, comidas, edificio, pero sobre todo calidad humana y no sólo entre los de arriba sino entre nosotros. Allí se podían hacer grandes amistades que perduraron — imprevisiblemente — con el tiempo. De hecho, y no deja de tener gracia, veinticinco años después, en mi tribunal de oposiciones cayó uno de La Rábida, de ideología comunista. En todo ese tiempo no nos habíamos vis-

* XVI Curso de la Universidad de La Rábida (1958). Catedrático de Filosofía de la Universidad de Granada.

to. Cuando saqué la plaza, recuerdo el abrazo efusivo, inmenso que me dio un amigo inesperado en un lugar más inesperado todavía. El que la amistad se conserve en el subconsciente cinco lustros es admirable.

La calidad venía de don Vicente, inmenso física y espiritualmente, del que recuerdo su categoría profesional, su cariño, su optimismo, su generosidad, su capacidad de organización y de rodearse de buenas cabezas. De hecho, todos los alumnos de La Rábida cuyos nombres recuerdo son ahora catedráticos de Universidad, políticos, directores de periódico. La Rábida está detrás. No lo dudo.

Pluralidad

No éramos sólo plurales por lo que éramos entonces, que no éramos nada, sino sobre todo por lo que fuimos. Luego plural era el profesorado, en lo que cabía en aquellas fechas. Don Vicente era, en mi promoción, Director General de Información, nada menos, pero cultivaba un pluralismo discreto, más aún fomentaba la discusión y el debate en temas políticos, económicos y sociales. Traía personalidades a La Rábida de cierto izquierdismo, como el catedrático de Internacional Mariano Aguilar. Pero lo más importante es lo que fuimos. Los antiguos alumnos cubrimos toda la gama del espectro político español, sin excluir la derecha por supuesto. Ya he citado mi encuentro con un compañero comunista. Pero los hay incluso más moderados.

El secreto era quizás que la humanidad de don Vicente, su sonrisa abierta no podía por menos de crear libertad. Quien quería, iba a misa al Monasterio de La Rábida, a dos pasos; quien no quería, hoy paz y mañana gloria. Un franciscano era un poco el director espiritual. Todo esto ahora puede parecer hasta nacional-católico, pero entonces era inconcebible.

Personalmente —es una lástima que nuestro egoísmo nos lleve a recordar mucho más las anécdotas propias— gané un premio para artículos políticos que se titulaba «Federico Silva». El artículo tenía esta cabecera: «La iniciativa democrática». En aquellos tiempos la Democracia Cristiana formaba parte de la oposición más o menos tolerada. Era denigrada por el régimen. Don Vicente iba más lejos, indirectamente la promocionaba.

Recuerdo una conversación y un trabajo. Don Vicente preguntaba entonces, antes de la llegada de Ullastres, qué papel iban a representar Europa y el Mercado Común en el futuro de España. Le contesté, decisivo: Europa arrastrará a España. Creí comprender que don Vicente asentía.

Humanidad

Como todas las cosas buenas, La Rábida fue una persona, en este caso don Vicente. Nos quería contentos y felices y la verdad es que lo conseguía. ¿Quién no recuerda aquellas fechas como un paraíso en medio de la adolescencia? Se hacía invitar por los ayuntamientos de la comarca, recuerdo concretamente Punta Umbría y Almonte y las recepciones a base de fino y gambas eran «demasiado», vamos que se pasaban. Y don Vicente reía como un niño, soltaba chistes y sucedidos sin parar.

Un rasgo emocionante de su calidad humana se refiere también al cariño y reciedumbre a la vez con que nos trataba. Se organizó una carrera de natación de un kilómetro, aproximadamente la distancia de la confluencia del Odiel y el Tinto junto a La Rábida. Para un buen nadador la cosa no era muy complicada. Pero había un compañero que apenas sabía nadar, sólo se sostenía en el agua como un perro. Y este hombre se atrevió a inscribirse en la competición. Cuando todos ya habían llegado a la costa, el amigo no había llegado a mitad del camino, unos quinientos metros. Don Vicente envió una barcaza para recuperar al «naufrago». Pero éste se hizo el cabezón y se negó a «ser salvado». El agua estaba fría y empezaron los calambres. Desde la barca se le insistía que abandonase, que la situación era insostenible. Había pasado ya una hora en el agua. El cabezón siguió y siguió, con la barca muy de cerca. Y consiguió llegar por sí mismo. El premio de esta competición era una comida especial en mesa aparte para los ganadores. Y don Vicente exigió que «el último en llegar», el cabezón, se sentase también en la mesa de los triunfadores.

Pienso que con estos tres ingredientes: calidad, pluralismo y libertad, junto con humanidad, se podría preparar el futuro de España. Es cosa para repetirlo de nuevo. Falta don Vicente, cierto, pero desde la gloria y desde el recuerdo, podemos repetir su empresa, porque él estará detrás, ayudando.